

rán á nosotros.» Su huésped, que era juez del tribunal revolucionario, quiso explicar á Robespierre por qué no había absuelto á este gran acusado. «No me habéis nunca de eso,—le dijo Robespierre;—yo no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la república os la pide de vuestra conciencia.» Duplay no habló más á Robespierre de sentencias ni de ejecuciones. Robespierre mandó cerrar su puerta, en señal de luto. ¿Era esto dolor ó presentimiento?

XI

La cuchilla no escogía ya sus víctimas; todos los rangos se mezclaban en el cadalso. Al lado de un sabio moría una cortesana, y el pueblo aplaudía igualmente ambas ejecuciones. Ya no sabía discernir la virtud del vicio.

Madama Dubarry, querida de Luis XV, murió á poco tiempo de Bailly. Aquella mujer había principiado desde niña á traficar con sus gracias. Su maravillosa hermosura había cautivado á los proveedores de placeres del rey, que la sacaron del vicio oscuro, para ofrecerla al vicio coronado. Luis XV había hecho del rango de sus queridas una especie de institucion de la corte. La señorita Lange-Vaubernier, conocida con el título de condesa Dubarry, había sucedido á madama Pompadour. Luis XV necesitaba usar la sal del escándalo para sazonar sus estragados placeres; le gustaba rebajarse, así como á otros les gusta elevarse. Hacía reinar el escándalo, y consistió en él su majestad. El único respeto que imponía á su corte era el de sus vicios. Madama Dubarry había reinado en su nombre, y es forzoso confesar que la nacion había doblado la cerviz ante la favorita. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habían incensado el ídolo del rey. Luis XV había preparado las almas á tan baja esclavitud, haciendo adorar por sus cortesanos el despotismo de sus amores.

Madama Dubarry, jóven aún á la muerte de Luis XV, se había encerrado por algunos meses en un convento por decoro, que era el carácter del nuevo reinado. Libre bien pronto de aquel encierro, había vivido en un espléndido retiro cerca de Paris, en el palacio de Luciennes, inmediato á los bosques de Saint-Germain. Sus inmensas riquezas, debidas á la prodigalidad de Luis XV, hacían su destierro tan brillante como lo fué su reinado. El anciano duque de Brissac se había unido á la favorita, á quien amaba ya por su belleza en aquellos tiempos en que otros la amaban por su rango. Madama Dubarry aborrecía á la revolucion, aquel reinado del pueblo que despreciaba á las cortesanas y hablaba de virtud. A pesar de haber sido rechazada de la corte por Luis XVI y por María Antonieta, había compadecido su desgracia, llorado su caída, y adherídose á la causa del trono y de la emigración.

Después del 10 de Agosto, había hecho un viaje á Inglaterra. En Londres, llevó luto por Luis XVI, y consagró su inmensa fortuna á aliviar la miseria de los emigrados. Pero la mayor parte de sus riquezas habían sido enterradas por ella y por el duque de Brissac al pié de un árbol de su parque de Luciennes. Después de la muerte del duque, asesinado en Versalles, madama Dubarry no quiso confiar á nadie el secreto de su tesoro, y resolvió volver á Francia para desenterrar sus diamantes y llevárselos á Londres.

En su ausencia, había confiado la guarda y la administracion de Luciennes á

un jóven negro llamado Zamora. La Dubarry había criado aquel niño, por un capricho de mujer, así como se cria á un animal doméstico. Se hizo retratar al lado del negrito, para asemejarse por el contraste de las facciones y del color á las cortesanas de Venecia pintadas por el Tiziano. Había tenido con él la ternura de una madre, y Zamora fué ingrato y cruel, porque ebrio de libertad revolucionaria, había adquirido la fiebre popular. La ingratitud le parecía ser la virtud del oprimido, é hizo traicion á su bienhechora denunciando sus tesoros, y la entregó al comité revolucionario de Luciennes, del cual era miembro.

Madama Dubarry, engrandecida y poderosa por el favoritismo, pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusion, mostrada al pueblo como una de las manchas del trono de que era necesario purificar la atmósfera republicana, fué á la muerte en medio de los silbidos del populacho y del desprecio de los indiferentes. Aún estaba en el brillo apenas maduro de sus años. Su belleza, entregada al verdugo, era su delito á los ojos de la multitud. Iba vestida de blanco. Sus cabellos rubios, cortados por detras por la mano del verdugo, dejaban ver su cuello; los rizos de delante cubrían sus ojos y sus mejillas, y ella los apartaba de cuándo en cuándo y se los echaba hácia atras para que su rostro enterneciese al pueblo. No cesaba de implorar el perdon en los términos más humillantes. Un torrente inagotable de lágrimas regaba su lindísimo seno. Sus gritos lastimeros sofocaban el ruido de las ruedas del carruaje y los murmullos de la multitud. Parecía que la cuchilla hería con anticipacion á aquella infeliz mujer, arrancándole mil veces la vida. «¡La vida, la vida!—exclamaba.—¡La vida por mi arrepentimiento! ¡La vida por toda mi adhesion á la república! ¡La vida por todas mis riquezas para la nacion!» El pueblo se reía y se encogía de hombros, mostrándole con la accion la almohada de la guillotina, sobre la cual iba á dormirse para siempre aquella encantadora cabeza. Todo el tiempo que tardó la cortesana en llegar al patíbulo no fué sino un grito continuo, y atada á la guillotina, todavía gritaba. La corte había debilitado aquella alma. Entre todas las mujeres que fueron guillotinas, sólo ella murió cobardemente, porque no murió ni por opinion, ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que había deshonrado el trono.

XII

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun había llevado la ligereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacían brillantes sus faltas. El escándalo se convertía en fama para él. Pretendía haber sido amado por la reina. Sus Memorias no son más que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades, buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á Lafayette á América, y se entusiasmó por la libertad, no por virtud, sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo más que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes, y al fin en la

Vendée. Lanzado una vez en la revolución, conoció que no había más remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida; no sabía adónde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban, y los generales plebeyos tenían celos de su ascendiente y no sufrían con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre Rossignol, general jacobino, y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á París, encerrado en la Conserjería y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la víspera de una acción. Miró la muerte con indiferencia, y quiso saborear hasta el último instante los únicos goces que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenía por convidados á los carceleros y á los guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco, y bebía largamente al llegar los criados del ejecutor. «Dejadme acabar las ostras,—les dijo Biron.—Para el oficio que teneis, debereis necesitar fuerzas. ¡Bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un joven epicúreo, en un hombre de edad madura tiene más apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexión con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como había querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último día del año de 1793. Otros debían morir al siguiente, 1.º de Enero. La muerte no conocía calendario. Los años se confundían en el suplicio. La sangre no se detenía por eso.

XIII

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban ser juzgados sólo en las cárceles de París. Fouquier-Tinville no podía dar abasto á las acusaciones, que dirigía en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número de acusados, y hostigado por la impaciencia del pueblo, Fouquier-Tinville no se separaba del gabinete del palacio de justicia en donde extendía las acusaciones. Comía precipitadamente en la misma mesa en que firmaba las sentencias de muerte, y se acostaba en un colchon en el mismo tribunal. Trabajaba incesantemente, y se quejaba de no tener tiempo para abrazar á su mujer y á sus hijos. El celo por la república le consumía. ¡Olvidaba que este celo era el del exterminio, atreviéndose á llamarle un deber! El se creyó ser el brazo del pueblo, el hacha de la república y el rayo de la revolución. Libertar una vida, olvidar á un culpable, absolver á un acusado, eran cosas que le pesaban. ¡Extraña perversión del corazón humano por el fanatismo! Fouquier recibía todas las tardes del comité de seguridad pública la lista de los sospechosos que había que encarcelar ó juzgar. El mecanismo del Terror era, por decirlo así, material. Fouquier-Tinville, aunque cegado por la sangre que hacía derramar, se aturdió, sin embargo, algunas veces del número prodigioso de ejecuciones que se le habían pedido y de los nombres de las víctimas que había sen-

tenciado. Le sucedió, si bien sólo una ó dos veces, abrir á los acusados una puerta de salvación, sugiriéndoles respuestas que pudieran disculparlos. Así salvó en la magistratura á algunos hombres á quienes había conocido y respetado en otros tiempos.

Alguna vez, la austera virtud de aquellas víctimas rehusó la vida que se les ofrecía á costa de una mentira. La religión de la verdad hizo mártires voluntarios. Hé aquí uno de estos ejemplos, atestiguado por uno de los jueces, y digno de pasar á la posteridad.

Casi todos los antiguos miembros de los parlamentos y los principales magistrados del reino murieron sucesivamente en el cadalso. Mr. Angrand d'Alleray,



Últimos momentos del general Biron, duque de Lauzun.—Pág. 268.

teniente civil en el Chatelet, anciano íntegro, estimado de todo el mundo y cargado de años, fué conducido con su mujer al tribunal revolucionario por haber mantenido correspondencia con un hijo que estaba emigrado, y haberle mandado socorros á su destierro. Fouquier-Tinville informó, é hizo un signo de inteligencia para dictar al acusado la respuesta que podía libertarle. «Mira—le dijo en alta voz—la carta que te acusa; pero yo conozco tu letra, porque he visto muchos documentos escritos por tí cuando estabas en el parlamento. Esta carta no es tuya; han falsificado visiblemente tu letra.» «Enseñádmela»,—dijo el anciano á Fouquier-Tinville. En seguida, despues de haberla mirado con escrupulosa intención, respondió al acusador público: «Te engañas, esta carta es de mi propio puño». Confundido Fouquier con aquella sinceridad que inutilizaba su indulgencia, no se desanimó aún, y ofreció otro pretexto al acusado para que se salvase. «Hay una ley—le dijo—que prohíbe á los parientes de los emigrados tener correspondencia con ellos y enviarles socorros, bajo pena de muerte. Sin duda tú no conoces esta ley.» «También te engañas,—respondió Mr. Alleray,—conocía esta ley, pero también

conozco otra anterior y superior, grabada por la naturaleza en el corazón de todos los padres y las madres, que les manda sacrificarse por socorrer á sus hijos.»

El acusador, obstinado en su designio, no se desanimó por esta segunda repulsa, y ofreció al acusado hasta cinco ó seis del mismo género. Mr. Allera y las eludió con su tesón en no alterar ni ocultar la verdad. En fin, conociendo la intención de Fouquier-Tinville, le dijo: «Te agradezco los esfuerzos que haces por salvarme, pero es menester mentir para rescatar nuestras vidas, y mi mujer y yo preferimos morir ántes que faltar á la verdad. Hemos envejecido juntos sin haber mentido, y no mentirémos para salvar lo poco que nos queda de vida. Haz tu deber, como nosotros hacemos el nuestro; no te acusarémos por nuestra muerte; sólo acusarémos á la ley». Los jurados lloraron de compasión, pero enviaron al virtuoso suicida al cadalso.

XIV

De esta suerte se inauguraba el año de 1794. Parecía que la guillotina era la única institución de Francia. Danton y Saint-Just hicieron proclamar la suspensión de la Constitución y el gobierno revolucionario. La ley era el comité de salud pública; la administración se reducía á la arbitrariedad de los comisionados de la Convención; la justicia era la sospecha ó la venganza, la garantía era la delación, y el gobierno era el cadalso. La Convención no podía dejar de herir ni un momento sin herirse á sí misma. Francia, fusilada en Tolon, ametrallada en Lyon, sumergida en Nantes, guillotizada en París, encarcelada, denunciada, secuestrada y aterrada en todas partes, se parecía á una nación conquistada y saqueada por una de esas grandes irrupciones de los pueblos que destruyeron la antigua civilización á la caída del imperio romano, trayendo consigo otros dioses, otros dueños, otras leyes y otras costumbres á Europa. Era esta invasión la de una nueva idea á la cual la resistencia había armado con el fuego y el hierro en la mano. La Convención no era ya un gobierno, sino un campamento. La república no era tampoco una sociedad, sino una carnicería ejecutada sobre los vencidos en un campo de sangre. El furor de las ideas es más implacable que el de los hombres, porque éstos tienen un corazón, y aquéllas carecen de él. Los sistemas son unas fuerzas brutales, que no compadecen ni á los que destruyen; así como las balas de cañón en el campo de batalla hieren sin elección y sin justicia, derribando el objeto contra que han sido dirigidas. La revolución desmentía sus doctrinas con su tiranía, manchando su derecho con continuas violencias y deshonorando los combates con sus ejecuciones. De esta suerte se ensangrientan las causas más puras. No decimos esto para disculpar á los pueblos, sino para manifestar la compasión que nos causan. Nada hay más hermoso que ver brillar una idea nueva sobre el horizonte de la inteligencia humana, nada es tan legítimo como ayudarla á que combata y venza las preocupaciones, los hábitos y las instituciones viciosas que se la resisten; pero nada hay más horroroso que verle martirizar á sus enemigos. El combate entonces se convierte en suplicio, el libertador en opresor, y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en algunos, teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y del comité de salud pública. Sus teorías protestaban, pero el movimiento general los arrastraba. Dejaban correr impunemente

las venganzas del pueblo, los furores de la anarquía y las crueldades de los prócsules, hasta las expoliaciones y los asesinatos de Roma degenerada. El partido del ayuntamiento, compuesto de Hebert, Chaumette, Momoro, Ronsin, Vincent y demas furiosos demagogos, iba cada día más adelante, arrastrando en pos de sí á la Convención.

XV

Durante estos suplicios, el partido de los legisladores ensayaba de cuándo en cuándo el formular los grandes principios y las grandes innovaciones, como los oráculos al estruendo de los rayos. Robespierre, dominando ya al comité de salud pública, bosquejaba en algunas notas reveladas despues algunos vagos lineamientos de un gobierno de justicia, de igualdad y de libertad, al cual creía ya tocar. Como en todo lo que ha escrito, dicho ó hecho, se ve en él más bien el filósofo que el hombre político.

«Es menester una voluntad unánime, dice una de estas notas póstumas.

»Es necesario que esta voluntad sea republicana ó realista.

»Para que sea republicana, es necesario ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos y un poder republicano.

»La guerra extranjera es un azote mortal.

»Los peligros interiores proceden de la clase media. Para triunfar de ésta es menester reunir el pueblo bajo una sola bandera. Es preciso que el pueblo haga alianza con la Convención, y que la Convención se sirva del pueblo.

»En cuanto á la diplomacia exterior, conviene aliarse con las pequeñas potencias; pero es imposible toda diplomacia en tanto que nosotros no tengamos unidad en el poder.»

Despues de los medios, hé aquí el objeto:

«¿Cuál es éste? La ejecución de la Constitución en favor del pueblo.

»¿Cuáles son nuestros enemigos? Los ricos y los viciosos.

»¿De qué medios se valen? De la hipocresía y de la calumnia.

»¿Qué es necesario hacer? Ilustrar al pueblo. ¿Y cuáles son los obstáculos para la instrucción del pueblo? Los escritores mercenarios que le extravían con imposturas diarias é imprudentes.

»¿Qué se saca en conclusion de esto? Que es necesario proscribir á los malos escritores como á los más peligrosos enemigos de la patria, y esparcir con profusión los buenos escritos.

»¿Cuáles son los otros dos obstáculos para el establecimiento de la libertad? La guerra extranjera y la guerra civil.

»¿Cuáles son los medios de terminar la guerra extranjera? Poner generales republicanos á la cabeza de nuestros ejércitos, y castigar á los traidores.

»¿Cuáles son los medios de terminar la guerra civil? Castigar á los conspiradores, y sobre todo á los diputados y á los administradores culpables; enviar tropas patriotas al mando de jefes patriotas; hacer ejemplares terribles con todos los malvados que han insultado á la libertad y vertido la sangre de los patriotas.

»En fin, debe atenderse á que no falten las subsistencias, y confeccionar buenas leyes populares.

»¿Qué otro obstáculo hay para la instrucción del pueblo? La miseria.